

Placeres prohibidos

Carolyn Richmond

La inmensa riqueza, tanto temática como estilística, de la producción literaria de Leopoldo Alas nos brinda una diversidad de enfoques para acercarnos a su extensa obra de invención –dos novelas largas, *La Regenta* (1884-1885) y *Su único hijo* (1891), complementadas por un centenar largo de cuentos y novelas cortas– y rastrear en ella profundidades hasta ahora vislumbradas pero apenas exploradas por los críticos. La publicación reciente en dos tomos de los *Cuentos completos* de «Clarín» (Alfaguara), con una imprescindible cronología de los relatos y fragmentos novelescos, viene a producir un cambio repentino en esa situación, pues abre por vez primera en su totalidad el abanico de su narrativa breve, conjunto indispensable, por otra parte, para cualquier indagación a fondo en este complejo y modernísimo escritor.

Una vez desplegada así, en orden cronológico, la suma de la obra narrativa clariniana, queda manifiesto lo que ella tiene de misterioso y hasta de oculto: las venas secretas que bajo la superficie del pudoroso lenguaje literario decimonónico fluyen y, en el caso de Leopoldo Alas, por poco golpean para brotar ante los ojos del lector. Se trata aquí de una honda, aunque encubierta, corriente de erotismo que, de modo parecido a la trayectoria del impulso sexual humano mismo a lo largo de las edades del hombre –la juventud, la edad madura y la vejez–, se irá desarrollando en la obra clariniana en tres distintas fases que corresponden a su vez, y en términos muy generales, a sendas etapas en la vida del autor: 1) la década de 1870, que el joven estudiante universitario y periodista asturiano pasaría casi entera en la Corte; 2) la de los ochenta cuando, tras una breve estancia en Zaragoza, el recién casado catedrático de Derecho se instalaría en Oviedo, años durante los que nacerían también sus tres hijos; y 3) la última década de su vida, marcada por una serie de diversas batallas profesionales, penas personales y una salud cada vez más deteriorada.

Se trata aquí, repito, de un erotismo recóndito, íntimamente asociado con el pecado así como con aquella sensación del mal –contrapartida del bien– con la que cargaría Alas, escritor de un marcado talante moralista, a lo largo de su

vida, siendo por lo tanto en el fondo algo de carácter demoníaco (desempeña en su obra, sobre todo la cuentística, un papel importante el Diablo, luchando con frecuencia contra el poder de Dios): de ahí los *placeres prohibidos* anticipados en el título del presente escrito.

Debido a la intensa a la vez que tímida disposición emocional de Leopoldo Alas, así como –¿por qué no?– a aquellos límites que corresponden a los de sus propias experiencias vitales, este erotismo clariniano está recreado desde una perspectiva masculina, perspectiva

que le sugiere a él, y a él sólo, lo leído de una creación literaria que, de acuerdo con las presumidas intenciones didáctico-morales de su autor (el clásico *enseñar deleitando*), acabará por brindarle un *espejo*, tanto social como personal, de la condición humana.

Andamos –soy la primera en confesarlo– sobre un terreno hasta ahora inexplorado, y peligroso, en la obra de Clarín, pero ahí están los relatos, recopilados y ordenados ahora por fin. Constituye la totalidad de esta obra narrativa, a primera vista tan diáfana, un insondable misterio detrás del cual se percibe, siempre, el alma –inquieta o serena; atormentada o sensata– del propio autor, quien esconde sus angustias, y sus *demonios*, detrás de la *máscara* de la creación literaria.

Lo secreto, oculto y pecaminoso rara vez aparece a la plena luz del día, sino más bien como a hurtadillas: en un ambiente oscuro, en un recinto íntimo, en un espacio de reunión pública, en un lugar sagrado... vestigios todos de un romanticismo tardío que a finales del siglo XIX se manifestaría sobre todo en el teatro y la ópera. Dichos marcos ambientales sirven de estímulo para que los personajes mismos se entreguen, consciente o inconscientemente, al *flujo* de sus propios sentimientos eróticos; de modo paralelo se invita simultáneamente al lector a *gozar* en su imaginación de la lectura del texto –tanto de su contenido como de su expresión poética–, convirtiéndole así en un partícipe vicario –en una especie de *voyeur* literario– de lo narrado, con lo cual el ejercicio de la lectura como proceso adquiere un erotismo propio.

Los ejemplos que a continuación se van a comentar, ordenados en tres apartados, corresponden en total a casi cinco lustros de la vida del autor. Es de esperar que inciten al lector a incurrir –cuando lea enteras las obras en cuestión– en algunos de los *placeres prohibidos* recreados por «Clarín» en su extensa y variada obra narrativa.

Tentación e iniciación

En 1878, tres años después de haber estrenado Leopoldo Alas en el madrileño periódico *El Solfeo* el pseudónimo de «Clarín», publica en la prensa periódica una minúscula educación sentimental ficticia titulada *Doctor Sutilis*, donde aparecen ya motivos en torno a la relación erótico-amorosa que se repetirán en otros relatos suyos de esta primera época de aprendizaje narrativo: el enamorado tímido frente a la mujer egoísta; la derrota de la sensibilidad y de los falsos ideales; el triunfo final del materialismo y de la sordidez. Es una declaración de *guerra* que termina en la victoria, cínica, de la soltería del varón. Lo fundamental en éste y otros cuentos de esa época es una sensación de desengaño romántico en los personajes masculinos juveniles, tema que volverá a aparecer como una especie de eco decadente, por cierto, en obras narrativas clarinianas de la siguiente década.

En las que datan de su época madrileña se rastrea una combinación de

«EL erotismo clariniano está recreado desde una perspectiva masculina, que induce, tanto en los personajes mismos como en el lector, a un *voyeurismo* que abarca las delicias de la intimidad y el morbo de la perversidad»

idealismo amoroso-espiritual mezclado con una terrible sordidez, sobre todo en lo que concierne a las relaciones físicas entre ambos sexos. Hay matrimonios desiguales e infelices, a menudo entre sabios *viejos* y jóvenes frívolos; adulterios en abundancia; hembras lascivas; inversiones de papeles entre los sexos: maridos maltratados por mujeres *hombrunas*, etcétera. O sea, todo un panorama de infelicidad. Un procedimiento al mismo tiempo sugerente y provocativo que utiliza Alas en estos cuentos primerizos es el de crear personajes *animales* como reflejo –y hasta espejo– de los humanos: personajes que le permiten introducir un fuerte elemento erótico por un lado y, por otro, subrayar el mensaje simbólico del relato en cuestión.

En el año 1880 publicaría Leopoldo Alas en la Prensa cuatro textos narrativos –dos de ellos inacabados– donde figuran animales en papeles significativos. Observadores –hasta *voyeurs*– en unas ocasiones, participantes en otras, estos animales nos proporcionan una perspectiva a la vez irónica y conmovedora: la del fiel *amigo* del hombre. Así



Retrato de juventud de Leopoldo Alas

que induce por su parte, tanto en los personajes mismos como en el lector, a un *voyeurismo* que abarca las delicias de la intimidad y el morbo de la perversidad. Para equilibrar lo sexualmente atrevido del contenido de ciertas invenciones suyas con las aceptadas pautas de expresión literaria y comportamiento social propias de aquel entonces, expresa siempre nuestro autor dicho contenido con matices estilísticos que lo transforman en obra de arte. Fondo y forma se complementan siempre, pues, ante los ojos de un lector que, mediante su propio acto de lectura, ha de *recrear* a su vez aquella mezcla de *realidad* –las palabras que componen el texto propiamente dicho– y *fantasía* –lo



en *Doctor Angelicus* la galga Merlina sirve primero de *alcahueta* animal entre un viejo filósofo y una joven, luego de delatora de las relaciones amorosas de ésta con un hombre de su edad; una pareja de perritos de lanas llamados Faón y Safo –«lasciva como pocas, Mesalina de canes»– refleja las relaciones matrimoniales entre sus dueños en *Los sábados de doña Quirotecas*; en *Kant, perro viejo* otro perro de lanas, nacido «de los amores incestuosos de Safo y Faón», narra unas aventuras amorosas –perrunas así como humanas– en una iglesia, durante la misa; y el narrador-insecto y protagonista de *La mosca sabia*, cuyo sabio dueño mantiene relaciones con una «hermosa bestia» llamada Friné (nombre de una famosa hetaira de la Grecia antigua), relata su propio desengaño afectivo al descubrirse enamorado a su vez de una mosca vampiro, «Mesalina del cieno y de la peste».

Los sentimientos eróticos subyacentes –transferidos en gran parte a personajes animales– en los ejemplos que acaban de citarse tienen, precisamente por ello, unos límites narrativos, pues no dejan de recordarle al lector la tradición fabulística. El último relato clariniano de esta época, *El diablo en Semana Santa* (1880), representa un enorme paso adelante en cuanto a la atracción amorosa entre los seres humanos. Reducido aquí el elemento fantástico al de un *deus ex machina* diabólico-teatral, capta el cuento –semilla, por cierto, de *La Regenta*–, con una extraordinaria belleza poética, el despertar sensorial y la tentación sexual sentidos durante una misa dentro de otro templo –esta vez la catedral de una «ciudad vetusta»– por el joven magistral, quien se verá *desdoblado*, no en un animal sino en un caballero que en la novela larga será don Álvaro Mesía... Con este canto a la sensualidad humana pasará nuestro autor a la segunda –y más atrevida– etapa de su trayectoria erótico-literaria.

Pecado y placer

Los tanteos estilísticos y temáticos del Alas juvenil se transforman a partir de 1882 –año, por cierto, de su matrimonio– en una rica y variada sensualidad caracterizada no sólo por el adulterio sino también por fantasías abiertamente eróticas, juegos sexuales, goces solitarios, perversidades e inversiones de papeles. Ya no le hace falta, en plena madurez creadora, servirse de personajes animales para abordar temas como el de la lujuria y la libidiniosidad: se trata ahora de impulsos *humanos* que

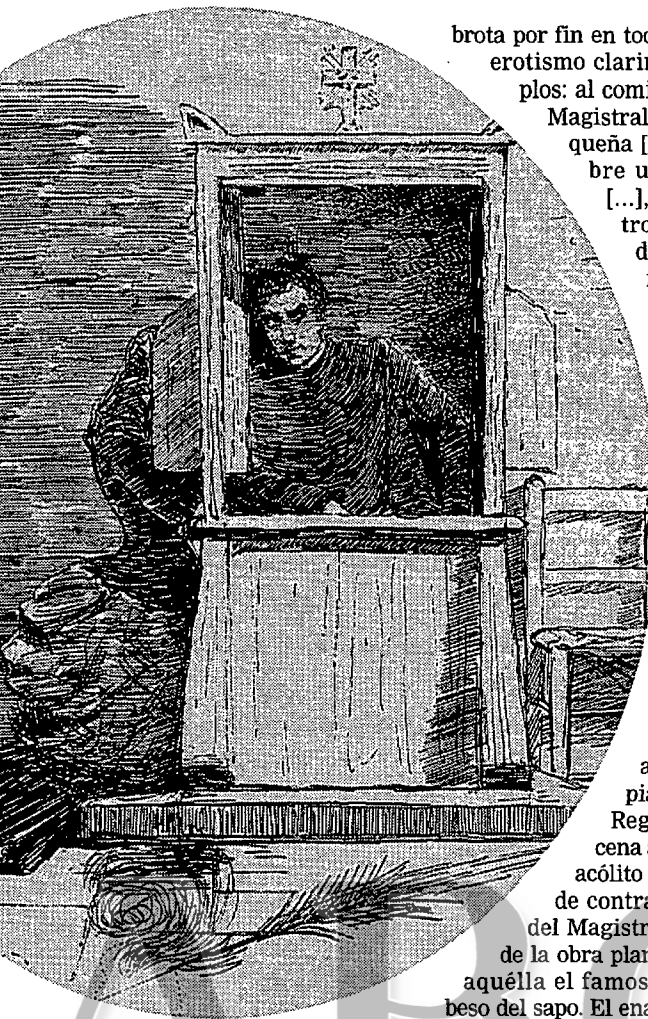


Ilustración de la edición príncipe de *La Regenta*

quedan expresados, poéticamente, con tanta intensidad que el mismísimo lector quedará convertido en partícipe vicario en la provocación y goce de tales placeres prohibidos.

Por razones de espacio me limitaré aquí a algunos ejemplos sugestivos y elocuentes. El relato *Amor è furbo* (1882), de ambiente operístico-teatral, trata con un tono inesperado de desenfado y alegría el tema del adulterio consentido; otro cuento de adulterio del mismo año, *Un documento*, capta la voluptuosa atracción física sentida en el circo por parte un joven escritor «plebeyo» hacia una experimentada y seductora aristócrata mayor, mediante repetidas referencias al efecto de la mi-

brota por fin en toda su intensidad el erotismo clariniano. Unos ejemplos: al comienzo de la obra el Magistral, cuya «cabeza pequeña [...] descansaba sobre un robusto cuello [...], proporcionado al tronco y extremidades del fornido canónigo», sube la torre de la catedral –primera imagen fálica– para recrearse, a través de su catalejo –«un cañón chico»–, en la ciudad de Vetusta –«lo que sentía en presencia de la heroica ciudad era gu-la; hacía su anatomía [...], como el gastrónomo que busca los bocados apetitosos»– y espiar desde arriba a la Regenta; en dicha escena aparece el perverso acólito Celedonio –especie de contrafigura afeminada del Magistral–, quien al final de la obra plantará en la boca de aquélla el famoso y nauseabundo beso del sapo. El enamorado sacerdote, que intima con Ana Ozores en el confesonario primero, luego en la oscura y clandestina casa de doña Petronila Rianzares, está retratado en escenas cargadas de erotismo, tales como la de morder «con una voluptuosidad refinada» una rosa tras leer una carta de ella, la del Catecismo de las Niñas, o una de intimidad con su criada Teresina (XXI)... Entre las escenas en solitario de la novela hay dos especialmente memorables: la de la autocontemplación del Magistral, «desnudo de medio cuerpo», delante del espejo (XI) y la de la voluptuosa «lucha» consigo mismo que lleva a cabo en la cama una noche el sabio solterón don Saturnino Bermúdez, para arrepentirse de su *derrota* a la mañana siguiente (I).

Dos textos narrativos del año 1886 testimonian una transición en el ero-

tuaciones de lesbianismo, sueños de aborto, papeles invertidos, etcétera. Impera sobre esa *corte* de desgraciados –tanto los familiares como unos cantantes de ópera– la diabólica, egoísta e histérica Emma Valcárcel. Sirva de ejemplo de la ambigua, y frecuentemente perversa, sexualidad de dicha obra el final del capítulo X, donde, frente a la urgente demanda de la Valcárcel, reclamando la práctica de la «regia prerrogativa», su debilucho –e infiel– marido, de rodillas delante de ella, se defiende de sus acusaciones de adulterio jurándole: «Te adoro, con eso, con eso, con eso que ves aquí tan abajo, tan abajo...»

Contrición y renuncia

Mientras terminaba, no sin dificultad, su segunda y última novela larga, pasó Leopoldo Alas por una profunda crisis, tanto física como psíquica, que le llevaría a limitarse en la última década de su vida a novelas cortas y cuentos, muchos de ellos caracterizados por un nuevo espiritualismo muy a tono, dicho sea de paso, con el que había introducido por aquel entonces el ruso Tolstói. «Yo no soy viejo todavía –escribiría en 1895, en el prólogo al volumen *Cuentos morales*–; pero, como si lo fuera... porque ya no soy joven». Según consta en dicho texto, ahora la «idea» que le «llena más el alma [...] que el amor de mujer la llenó nunca» es «la del Bien, unida a la palabra que le da vida y calor: Dios». Ha triunfado Dios, por fin, sobre el Diablo.

Muchos personajes masculinos terminan *renunciando*, bien sea por razones de tipo moral, bien sea por ciego egoísmo, al amor de la mujer; otros presentan variaciones sobre el tipo del *viejo verde*. Escasea la felicidad. Bastan unos cuantos ejemplos: el joven sacerdote cuyo *martirio* consiste en su callado amor por una muchacha a la que al fin le tocará administrar la extremaunción (*El Señor*); un individuo que, por razones propias, logrará resistir a la tentación del adulterio a lo largo de años (*Aprensiones*); el silencioso y por último herido admirador de una señora insensible (*Un viejo verde*); un crítico (*La Ronca*) y un funcionario (*El entierro de la sardina*) que no hacen caso a las mujeres que los adoran; el que, por un descuido estúpido, deja traslucir a su sobrinita sus auténticos sentimientos hacia ella (*El viejo y la niña*); o bien –aberración singular que nos remonta a obras clarinianas de la época anterior– el *Cain* contemporáneo que acaba llevándose a la cama, años después de la muerte de su amigo don Abel y bajo unas circunstancias poco románticas, a la solterona hija menor de éste (*Benedictino*)...

Textos como éstos dejan claro que, pese a sus declaraciones en contra, no cesaría de perseguir a Leopoldo Alas hasta el final de su vida aquella tentación de los *placeres prohibidos*. ■

Carolyn Richmond ha recopilado los «Cuentos completos» de «Clarín» (*Alfaguara*), de los que «ABC Cultural» ofreció la crítica en su número 461 (página 25).

«EN *La Regenta* –novela de relaciones afectivas turbias y amores prohibidos– brota por fin en toda su intensidad el erotismo clariniano»

rada *penetrante* de ella a través de unos gemelos: «La voluntad ya era esclava, y fuese tras los ojos a abismarse en la boca de los cañones que tenía enfrente»; y todavía en otra narración de dicho año, *Avecilla*, un pobre escribiente y padre de familia con el nombre de don Casto termina por acceder a palpar delante del público, en una sórdida barraca de feria, la pantorrilla de «la verdadera mujer gorda», con consecuencias entre grotescas y vergonzosas.

En *La Regenta* –novela de relaciones afectivas turbias y amores prohibidos–

tismo clariniano: mientras que en «Un paraíso sin manzanas», capítulo VI del malogrado proyecto novelesco colectivo titulado *Las vírgenes locas*, sigue desarrollando el autor, con una creciente morbosidad, su vertiente voluptuosa; en *Cuento futuro* vuelve al tema del marido esclavizado por su tirana mujer, vertientes éstas que se juntarán en una de las más atrevidas –y escandalosas– novelas españolas del siglo XIX: *Su único hijo* (1891). En esta especie de comedia negra hay de todo: adulterios consentidos, deleites solitarios, insi-